

## En busca de la palabra oculta

HE ABORTADO.

Y no morí, ni me siento culpable, ni quedé con una eterna depresión, ni estéril, ni dejé de disfrutar mi posterior maternidad elegida, ni me retuerzo en el infierno; ni padecí ninguno de los horrores que vaticinan los conservadores para las que decidimos sobre nuestros cuerpos.

Acabo de encontrar una agenda muy vieja, en ella cierta cita médica y cierta fecha me han hecho darme cuenta de que ya pasaron 13 años desde que yo era casi una niña y estaba muy sola y asustada. Lo único que lamento es que ese aborto hubiese ocurrido en un sitio clandestino e inseguro, pero la legislación y mis recursos económicos no daban en ese entonces para más.

Hoy, a estos 13 años de distancia, sé que hay miles de mujeres que mueren al año a consecuencia de abortos mal practicados por las condiciones de ilegalidad, y que en mi país el aborto es considerado la tercera causa de muerte materna, de acuerdo con Family Care International.

Pero, sobre todo, sé que éstas no son muertes, son femicidios. Son asesinatos de Estado, pues pudieron haberse evitado. Pero, los estados, las iglesias y grupos conservadores y misóginos, pudiendo impedir estos fallecimientos con la despenalización de la libre elección y con políticas públicas de salud consistentes, prefieren condenar a muerte a las mujeres que dejar de tutelar sobre sus úteros.

También he aprendido que existen, hoy, procedimientos como el Aborto Manual Endoscópico y otros que se están desarrollando que son menos agresivos para nuestros cuerpos. Eso ayuda y, sobretodo, el encontrar que existan mujeres muy valientes que han logrado el año pasado despenalizar el aborto en el Distrito Federal de México y ofrecer servicio público para el procedimiento. Aun cuando la aplicación de este logro todavía tiene sus limitaciones, es ya una luz en medio del oscurantismo neoliberal.

Mejor aún, sé que también en estos momentos se trabaja por la despenalización a nivel nacional, junto con mayores castigos para quienes violentan y otras reivindicaciones para las mujeres. Aun cuando ello implica una batalla legal muy fuerte, tanto para las que trabajan en los ramos institucionales, como para las simpatizantes con las causas de las mujeres e incluso para las que dan el debate contestatario y libertario, no institucional, pero comprometidas con las consignas feministas. Todas quienes de una manera u otra depositarán mucho esfuerzo y mucha vida. Es para congratularse y agradecer todo el trabajo que vendrá.

Hace trece años entendí y decidí mi aborto como un acto de amor hacia un producto no deseado y hacia todo lo que amo en mí de ser mujer. Hoy, concibo estas batallas como un acto de amor, entre y por nosotras. Al menos yo, no tengo ganas de saber de más niñas que sigan solas y asustadas buscando ayuda en sitios clandestinos y en manos no siempre especializadas. Ni violentadas por los chantajes en carteles de fetos sangrientos o discursos moralinos de los conservadores. Sobretudo: No más asesinadas por intereses políticos.

No más femicidios, horror ni persecución: Bienvenidas las batallas que se vienen por el acceso a la salud, para poder seguir vivas y que esta vida sea digna.



EL ABORTO ES MI TEMA. Sí, LO ES He leído montones, puedo recitar que en Chile hay 160 mil intervenciones al embarazo al año (438 al día), que no es cierto que aborten solo las adolescentes, sino que lo hacen muchas madres para proteger a los hijos que ya tienen y que este país tiene la particularidad de ser uno de los cuatro en TODO el mundo, junto a Malta, El Salvador y Nicaragua, que prohíben el aborto aún cuando la vida de la mujer corra peligro o el feto no pueda vivir fuera del vientre.

Me alegré mucho cuando Elena llamó. Lloraba y decía una

y otra vez: *la cagué, la cagué*. Pasé de la alegría al temor en un segundo, aunque bien tranquila le respondí que todo tiene solución (es lo que hay que decir en esos casos, supongo), y que contaba conmigo, que arreglaríamos la *cagá*, que no se culpaba.

Estaba embarazada de su marido. Ahora bien, el señor en cuestión ya tenía hijas y había demostrado ser un “papito corazón”. Aún así, mi amiga deseaba tener descendencia con dicho ser humano. Estuvo dos años buscando el fruto del amor, con la mala suerte que llegó cuando la relación estaba pudriéndose por los celos, la agresividad y los deseos de control. Pero como bien sabemos las mujeres, cortar con el *hombre que amamos* es una tarea compleja. En ese ir y venir, antes de tomar la decisión final, hubo unas reconciliaciones llenas de *nunca más...* En una de esas, el espermatozoide porfiado ganó la carrera ¡que en dos años no pudo terminar!

Había que actuar.

Elena llegó a Santiago un lunes por la tarde. Su jefa estaba al tanto y la cubrió en el trabajo. A su familia le dijo que viajaba por la pega y listo, abandonó el “pueblo chico, infierno grande” en busca del anonimato de la gran ciudad. Con seis semanas, el plan 1 era Misotrol, unas pastillas tan efectivas como ilegales. Amanda tenía un contacto por ahí. Me moví rápido y concerté una cita con su proveedor.

Sergio, así se llamaba, dijo que lo esperara en una estación de Metro y una vez ahí me llamó por teléfono, pidió una descripción de mi vestimenta, me hizo caminar una cuadra, subir a un auto y una vez a bordo me pasó cuatro pastillas y una hojita con instrucciones de uso. Estaba asustado porque lo habían llamado varias personas y, la semana anterior, Mega había exhibido un reportaje denunciando clínicas abortivas. Dijo que quería vender pronto el frasco que tenía, que él era un *padre de familia*, pero a renglón seguido aclaró que para clientes conocidos (me volví conocida en una vuelta a la manzana) el negocio continuaría abierto. Después de todo, 35 mil pesos por cuatro pastillas no está mal.

Cuento corto, Elena se puso las pastillas en el cuello del útero, se acostó un par de horas con los pies hacia arriba y luego caminó un poco. Esperamos los dolores al útero y la sangre. No llegaron; ni los unos, ni la otra. Al día siguiente repitió la dosis. Nada.

Era momento del plan 2. Intervención clandestina en

peligrosas condiciones, en plazo indeterminado y con un costo incierto. Una amiga, Julieta, guardaba un dato. Nos aseguré que era confiable y otra amiga, Marta, que ya ni recordaba el episodio de su propio aborto, lo corroboró. Concertamos una cita y acudimos a una especie de consulta en una comuna del poniente de Santiago. En el camino atestado de personas y automóviles, traté de imaginar a *la abortera*: tráfuga, oscura, una mercenaria y en cambio encontré a una señora acogedora y tranquila. Ella sabía a qué íbamos, pidió detalles e incluso preguntó en chiste si no íbamos de Mega, luego explicó que solo trabaja en los dos primeros meses, *cuando son solo células*, y aseguré que la intervención era muy simple y rápida. Elena le contó que en dos días debía volver a Temuco y la señora respondió que no sabía si *el lugar* estaría libre antes del viaje. Hizo una llamada y tras unos minutos terminó la incertidumbre: había disponibilidad. Ambas por fin respiramos, ahora solo quedaba vaciar su cuenta de ahorro para sacar los 500 mil pesos que costaba la simple intervención.

Al otro día ella debía ir sola a una estación del Metro, donde la recogió la señora. No sé si partió asustada, no se lo pregunté. Me fui a comprar verduras y frutas porque no tenía cabeza para nada más. Entre manzanas y lechugas pensé lo peor. Por más que el dato fuera seguro ¿y si algo salía mal?, ¿estaría sufriendo?, ¿estaría llorando? Una hora más tarde fui por ella.

Recuperé la paz cuando la vi caminando con cara de pollo *mojao'* pero enterita. Venía débil, porque no podía comer antes de la operación y con la anestesia local quedó medio atontada. Nos sentamos a almorzar y ahí me relató la experiencia: La señora tenía una socia, ambas fueron muy cuidadosas, la aspiración no duró más de 15 minutos, después esperó acostada, tapada con una frazada y un guatero, a que se le pasara el efecto de la anestesia. No hubo dolor, pero *después le dolería*, le advirtieron que era producto del Misotrol, que si no se hubiese puesto las pastillas no sentiría ninguna molestia. Ahora debía tomar antibióticos y anti inflamatorios por una semana y en cinco días podía hacer su vida totalmente normal. Nos fuimos en busca de entradas para un concierto. La vida seguía.

Llegó el día de la partida de Elena. Terminaba una semana intensa, cargada de miedo y también de la solidaridad de mujeres más o menos cercanas que entendían y apoyaban con pequeños

gestos y palabras. Varias contaron sus propias experiencias y en sus relatos no cargaban el peso de la culpa.

La amenaza de cárcel, el castigo social y, principalmente, la clandestinidad, tiñen estas historias de amargura. Incluso nosotras, sumergidas en redes de cariño y comprensión, no pudimos escapar del miedo, pero logramos espantarlo. Yo aborté con Elena y no me arrepiento.

---



...PERMANECÍ DESNUDA SIN CULPA

frente a una sala fría  
(un quirófano perpetuo)  
mientras extraían  
lo que había de más.  
Podría ser un acto verdadero  
Y de pobreza incapaz.

O una estúpida paranoia  
Por esta mierda  
Que dejaste entre mis piernas.

Por la basura que permití,  
Dándote de mi piel  
para que fueras apoyando  
tus dolores  
en mí...

Colgado de la cintura  
Como cualquier destino irrevocable,  
Curvándote en el momento exacto  
En que mi vida se tornó pantano.

En qué andaba pensando  
Cuando el resplandor calló

De lleno sobre mis ojos,  
Y me pilló volando bajo.

El aire me descubrió  
Inquieta,  
Febril,  
Desplazando brisas aniquiladoras  
Donde anidar prejuicios siniestros.

Habíamos descubierto todo sin  
Alardes,  
Todo así de simple,  
Tal como venía el futuro,  
Así,  
Sin azar ni trampas,  
Sólido e íntegro como un beso  
Que encubre algo.

---



MIENTRAS CAMINABA POR ESA ANCHA AVENIDA impulsada por el deseo de expandir mi cuerpo, sentía que éste me brotaba por todos lados, inexplicablemente. Era el atardecer, el viento de verano movía mi pelo y mi vestido, e hice que mi caminata me llevara a mi novio. Tal vez lo encontraría hosco como tantas veces, pero sintiéndome como fruta jugosa y madura nada importaba. Siempre estaba apostando a que las cosas irían mejor algún día y más lo creía en ese momento. Me sentía feliz, portadora de una energía que nunca había sentido. No sabía que estaba embarazada, de pocos días, después de una tarde muy calurosa donde el deseo del encuentro había sido poderoso. Cuando lo supe, lo supimos, nos desconcertamos, deseamos ser madre y padre, y nos asustamos. Sabíamos que nuestra relación era muy frágil, entrecortada, complicada, aunque nos amábamos. Éramos muy diferentes, en una diferencia que nos distanciaba permanentemente y estábamos ahí con un guiño

del futuro que nos causaba miedo e incertidumbre. Jugábamos con la idea de madre-padre, pero pasaban los días y había que tomar una decisión. Sí o no. No había escapatoria. Tenía la fantasía de que los hijos deben llegar a una relación más sólida, como deseo claro de dos, y nos faltaba recorrido, experiencia. Ya vendrían mejores tiempos.

Conversamos en el Parque Forestal, en su casa, en mi casa, con sentimientos encontrados. Sentí que debía tomar la decisión y que él me acompañaría en ella cualquiera que fuese. Y aposté nuevamente por tiempos mejores donde tener un hijo fuera pura alegría y no esta inquietud temerosa; tiempos para madurar, para repetir la historia de todos, tener hijos, criarlos, verlos crecer.

Me esperó en una esquina de calles de trajín y nos dirigimos al departamento donde el doctor haría lo suyo, parcamente, anestesiándome, con una ayudante amable que hacía lo posible para que no me sintiera miserable.

Esperamos en la habitación contigua, y la ayudante creyó conveniente hablar, mientras se desplazaba de una habitación a otra, de una mujer de la bancada parlamentaria que se había hecho un aborto en esos días. Eran tiempos donde hacerse un aborto no tenía las connotaciones tan dramáticas que ha cobrado ahora, en el contexto de la afirmación de la sexualidad más allá de la función reproductora. Y ahí estaba yo viviendo en carne propia la decisión tomada, al parecer por ambos.

Recomendación final: antibióticos y descanso por la tarde. Saludos de despedida con la señora asistente, en otra pieza, donde había dormido el resto del pentotal. Quedarían en mi memoria corporal los ruidos de los objetos metálicos, ruidos iniciales, el pinchazo en la pierna, otro en el brazo, los ojos huidizos del médico tras sus anteojos en su rostro moreno. Salimos por donde habíamos entrado, apoyada en el brazo de mi pareja, mareada, convaleciente de algo que me había ocurrido. Tomamos un taxi y me dejó en la casa.

Yo seguía sintiendo esa fuerza que había habitado mi cuerpo todos esos días y sentí el deseo de hacer una torta para la tarde, cuando volviera mi amado, celebrando no sé qué, tal vez el hecho de que seguíamos juntos, en la promesa de un tiempo de entendimiento mayor. La hice de chocolate, batiendo la masa con inocencia.

Me encontró por la tarde leyendo un libro que me había regalado, sobre el universo, las constelaciones, las estrellas, el sol

y sus planetas. Quería que me viera así, interesada en las cosas que a él le interesaban. Pero fue demasiado. Leer “como si nada hubiera pasado”, tener lista una torta inexplicable. Su moral era definitivamente distinta a la mía.

Nuevamente la separación, la intermitencia de nuestra relación. Entendí que él me había dejado decidir sola. Con su silencio yo no supe qué es lo que realmente pensaba y quería. Ese año estuve muy sola y triste, enflaquecí, viajé sola al sur al comienzo del otro verano, y en los años que siguieron, en nuevas intermitencias, tuve otros amores.

En una ocasión después de muchos años, en un casual encuentro, él contaría junto a los hijos que yo había tenido con el que llegó a ser mi marido, un tercero. Le repetí que solo tenía dos hijos, una hija y un hijo. El no tuvo ninguno, y no estuve dispuesta a jugar con el fantasma de lo que no pudo ser.

---



Y AQUÍ ME ENCUENTRO, SOLA.  
aquí estoy desnuda  
después de estos amores contigo, con mi  
alma asomada  
por entre mis entrañas,  
visible, tensa.

Aquí,  
con las manos acuchilladas por hojas  
del ramo,  
con el ombligo deshecho,  
y el centro pariendo olvidos...

...Si has vertido mugre,  
ya la he transformado en musgo  
o tierra fértil.



Destripada sobre el suelo,  
después de esta muerte,  
encerrada en estas ceremonias  
finales y egóticas,  
luego de haber sangrado  
hasta los ojos  
y deslizar mis pezones  
hasta el riel de tu vida...

Aquí me encuentro  
en una cárcel devoradora,  
esta mujer ya no soluciona gestos  
ni arrebatos.

Ensimismada  
y dentro por lejos que esté.

Aquí no he dejado de cumplir  
represalias,  
aceptando que mi espalda  
sea latigada  
por tu áspera lengua,  
porque no eres capaz de mirarme  
a los ojos.

Y aquí desterrada,  
sirviendo seda y verdades,  
ofreciendo mi sexo,  
abriendo estos muslos como un gran fuelle  
para succionar furiosamente  
tu maldita  
indiferencia...

Y ahí te veo,  
desnudo nuevamente,  
con deseos de internarte  
en mi mundo,  
sin importar el dolor,  
jadeando,

rozando mis pieles...  
desnudo, pero hermoso.

Y bastan solo tus ojos  
para que vuelva a desvestirme ante  
ti,  
convirtiéndome en un monumento en ruinas.

---



ES SABIDO QUE EL EXQUISITO VÉRTIGO DE LA JUVENTUD le hace a uno actuar de manera impulsiva y a veces, disparatada. Yo entonces pololeaba. No era mi primer pololo pero si la primera vez que, creía, estaba enamorada. Teníamos una relación a distancia. Yo estudiaba en Santiago y él en Valdivia. Estuvimos largo tiempo yendo y viniendo diez, veinte, treinta, cien horas arriba de buses hediondos y ruidos, donde la única felicidad consistía en saber que a la mañana siguiente nos encontraríamos. Un amor adolescente, casi platónico como pueden ver.

Pasó que un día no pude soportar más los malditos 850 kilómetros que nos separaban y decidí terminar con todo para siempre. Volví a esta desoladora ciudad grisácea e intenté continuar con mi monótona rutina como si no hubiese pasado nada y lo primero que hice fue dejar las pastillas, total...

Pasó un mes, o quizás dos o tres y como se imaginarán nos volvimos a ver. El escenario del reencuentro fue "el viento del sur y la lluvia de abril" valdiviana. Si hay algo que puedo decir es que fue una hermosa concepción. Aún lo recuerdo. Por entonces yo no comía miel, sin embargo me sentía tan contenta y desprendida de toda menudencia humana que dejé que me embadurnaran en ella. Pese a mi aversión a probarla, no pude evitarlo cuando su lengua jadeante penetró en mi boca dejando una estela dulce y acuosa... Quizás fuese la miel, la saliva, la sangre henchida, la esperma tibia o el susurro próximo de las olas, aquella caricia que epilogó esa inolvidable experiencia telúrica y estremecedora. Y lo amé.

Esperé y fumé. Los días pasaban y yo en Santiago, la angustia carcomiéndome las sienes, la mente abstraída en mil y una elucubraciones a la expectativa de lo que nunca sucedería.

Tenía dos posibilidades. O tenerlo o interrumpir el embarazo. La decisión, me dijo, recaía exclusivamente en mí. Empero, advertí que en su aparentemente neutral mutismo se escondía un rechazo implícito hacia ese ser que se estaba gestando. Y tenía razón. ¿Qué íbamos hacer con un hijo? Éramos un par de *pendejos hueones* que apenas podíamos con nuestras vidas. Él, un hippie antirepresas que lo único que hacía era reventarle la tarjeta a sus papás. Heredero de una familia acomodada que sin embargo me odiaba a muerte por considerarme lumpen. Yo recién había entrado a la universidad y era la primera en mi familia que lo hacía. No tenía relación con mis padres y vivía al tres y al cuatro parasitando de una escuálida beca y la venta ocasional de pitos. Y lo que era más importante: no me interesaba transformarme en mártir.

Barajamos la opción de la sonda pero luego la desechamos pues yo conocía a la vieja que lo hacía y les aseguro, no tenía idea de donde estaba el riñón y donde la vagina. Hasta que llegó una amiga que me dio el dato de su médico abortista. Un gordo asqueroso, babeante y más encima caliente que lo único que quería era hacerme abortar para luego ir a acostarse conmigo.

Me puso el misotrol y todo resultó bien. Eso si, días después tuve que ir al hospital fingiendo un aborto espontáneo para que hicieran la ecografía de rigor y despejar cualquier duda. Las matronas, esas viejas de mierda, inmediatamente me miraron con cara de sospecha. Aun recuerdo las palabras de una de ellas a propósito de los embarazos no deseados: "aquí llegan niñitas de doce o trece años embarazadas, incluso algunas producto de violación, llorando porque no quieren tener a sus hijos y yo les digo que tienen que aprender a quererlos pues por algo se los manda Dios". Mientras me decía esto, yo miraba a esas niñas con cara de púberes y sus tristes barrigas exorbitantes, sentadas trémulas en la infecta sala de espera.

Fui dada de alta y nos volvimos a Valdivia. Paseamos por la playa, creo que hicimos el amor y luego brindamos. Lo peor ya había pasado.

ESTÁBAMOS EN PRIMER AÑO EN LA UNIVERSIDAD, apenas llevábamos un par de meses siendo amigas. Creo que aún no éramos un grupo afiatado, hasta que las circunstancias nos hicieron amigas de por vida. Con un secreto compartido hasta la muerte. Una de nosotras, una de este grupo de niñas “bien” tenía un retraso en su menstruación y ya sabía el por qué. Según ella lo presentía, así lo dijo cuando nos comentó su angustia en pleno almuerzo en la U. Partimos todas en grupo a la clínica, necesitábamos un doctor que nos diera el veredicto. Pedí el bono y pagué la atención en una clínica del sector oriente, el ginecólogo con un simple chequeo dijo que todo señalaba que sí, mi amiga estaba embarazada, pero necesitaba un examen de sangre para corroborarlo.

Aún recuerdo cuando salimos de la consulta del doctor, mi amiga Blanca, en shock y yo sin creer de lo que estaba siendo parte. El resto de las chicas nos esperaban en la cafetería. Creo que todas en nuestro interior, tuvimos la esperanza que el doctor nos dijera que era solo un simple retraso y que ya todo volvería al *status quo* de nuestras nuevas vidas universitarias.

Finalmente llegó la hora y el examen de sangre arrojó la verdad: Sí, estaba embarazada. Todas en shock nos pasábamos la hoja del examen una a una sin entender que diablos decía, pero según el doctor los niveles indicaban que estaba encinta.

Ahora venía la parte más dura del asunto: contarle al pololo. Felizmente su estado de shock duró poco y prometió ayudar en lo que mi amiga decidiera hacer. Nadie tenía muy claro que es lo que debía hacer. Todas discutimos el asunto por días, no había nada más en el mundo que ese tema para nosotras, no hubo clases ni evento social que nos sacara del ensimismamiento en que estábamos sumergidas. Muchas de nosotras vivimos una crisis interna. Personalmente yo, criada en una familia conservadora y católica tuve un gran dilema y debo confesar que aún no lo he resuelto, creo que debí haber hecho valer mis creencias de forma más acérrima, debí haber sido más proactiva y demostrar que ante todo la vida, ese regalo sagrado es incuestionable. Pero no, decidí estar ahí para lo que mi amiga decidiera hacer, apoyarla incondicionalmente aunque se me fuera el alma en ello.

Todo se planificó en el más absoluto secreto, fuimos un verdadero grupo de inteligencia. Alguien se consiguió una receta médica de uno de nuestros padres, otra se consiguió a alguien que fuera a la farmacia por las famosas pastillas, otra arrendó

un departamento por una semana en el sector oriente. Mentiras entrelazadas para que nuestros padres creyeran que nos quedábamos unas en casas de otras. Y así partió todo. Las indicaciones estaban dadas, esas pastillas lograrían dilatar su útero y con una pequeña hemorragia todo sería un simple mal sueño.

Recuerdo que nos turnábamos para ir a verla, que comiera y tomara limonada, que se hidratara correctamente y que durmiera. Así fue por esos cinco eternos días hasta que volvimos a la “normalidad” de nuestras vidas de “mechonas”.

Hasta el día de hoy, mi amiga no habla del tema. Pidió que nos olvidáramos de lo que sucedió y todas juramos no revivirlo, pero es imposible. Aun cuando paso cerca de ese departamento me invade la culpa, la angustia brota y los recuerdos son intermitentes. Ella ha sufrido varias depresiones y desequilibrios emocionales luego de lo sucedido, muy internamente todas creemos saber la fuente de sus llantos. Todas deseamos ser madres en algún momento, hasta ahora nadie lo ha sido, siento que viviremos con esto por siempre y que nos costará mucho mirar a nuestros propios hijos a los ojos sabiendo de lo que fuimos parte.

---



ABORTÉ DOS VECES EN MI VIDA, AUNQUE TUVE como nueve pérdidas antes de quedar embarazada. Dicen que cada aborto es un relato. Este tiene que ver con la última vez. No quería acordarme de haber estado con él: una tarde sin trascendencia, interminable, sobre una sábana desteñida. No quería acordarme, pero fueron pasando los días y no me venía la regla. Repasando y repasando, empecé a recordar esa tarde. Un tedio, un largo tedio era lo que sentía entremezclado con el recuerdo. Hacía frío en el puerto. Se había instalado la bruma y las tardes se confundían con las mañanas. Esa tarde hacía tiempo que no lo veía. Meses, años tal vez. No había nada entre nosotros. Solo pasado. Vino a almorzar. Una siesta. Parece que yo ni había hecho la cama porque cuando entramos al dormitorio todo estaba por el suelo. Menos la sábana ésa, desteñida, con unas flores ocres. Estuvimos tendidos horas. No sé si antes o después, pero fueron horas y la bruma no se

despejaba. Hablábamos poco. Como hacía frío, sí recuerdo que él se quedó con los calcetines puestos. Un cuerpo breve y lampiño, con calcetines azul marino. Yo en esa época era más menuda. Las piernas se habían amarrado con modorra y así nos fuimos quedando dormidos. Se fue como a la medianoche. Habían pasado unas seis semanas cuando me di cuenta del atraso. Todo pasó entonces muy rápido. Llamé a una clínica. Me hicieron el examen y como salió positivo me dieron fecha para cinco días después. Por entonces los abortos no eran penalizados en ese país. Llegué otra mañana gris y me dispusieron para una sesión de consejería. Le dije a la psicóloga que estaba segura. No había vuelta atrás. Yo ya estaba sola, criando a un hijo y trabajando. Nada me ataba a él. Hacía más de dos años que no lo veía hasta esa tarde de la siesta y la sábana desteñida. Lo más probable era que no lo volviera a ver. No tenía sentido que le contara, tampoco. Él nunca lo supo. Cuando todo hubo pasado me tendieron en una habitación con varias camas. Había más mujeres. Una que otra venía acompañada de su pareja, pero la mayoría estábamos solas. Afloraron recuerdos. Hacía tiempo que no estaba sola y con tiempo para mí. La imagen de mi madre después de un aborto en Chile, y un médico que había venido a ponerle sangre. Yo tenía como siete años y la trataba de consolar pasando la aspiradora y limpiando la casa. Las camas estaban impecables, con sábanas blancas, como almidonadas, y unos cobertores de algodón muy suaves. Cada cierto tiempo, pasaban las enfermeras a controlar la presión. Como a la hora de haber conversado con la psicóloga, me llevaron a otra sala con un médico. Me conectaron a una máquina que succionaba con un sonido continuo. Como un moscardón. No me dolió nada. No hubo ni sangre. La máquina parecía girar en mi interior. Cuando todo terminó me llevaron a esa sala con las camas y los cobertores de algodón. De ahí salí al caer la tarde. Recogí a mi hijo del jardín y nos fuimos caminando lentamente de regreso a la casa.

---